

Daban las dos de la madrugada.

Por la noche, especialmente, era cuando Gaud prestaba mayor atención al menor ruido exterior, tendiendo el oído con dolorosa ansiedad al más insignificante rumor desacostumbrado.

Aquella noche, como las otras, con las manos cruzadas sobre las rodillas y los ojos abiertos en la obscuridad, escuchaba el ruido perpetuo que el viento hacía en la landa.

Súbitamente, los pasos de un hombre que marchaba precipitadamente por el camino interrumpieron el silencio. ¿Quién podía transitar por aquel sitio a semejante hora? Gaud se irguió sobre su lecho, sintiéndose inmutada hasta el fondo del alma y suspendidos los latidos de su corazón.

Alguien se detenía delante de la puerta... Subían los pequeños escalones de piedra...

¡El!... ¡Oh, dicha del cielo, él!... Habían llamado... ¿Quién podía ser más que el tan ansiosamente esperado? Ella, tan débil desde hacía tiempo, saltó de la cama al suelo con la agilidad de un gato. Sin duda, la *Leopoldina* había llegado de noche y echado el ancla enfrente, en la bahía de Pors-Even; a Juan le había faltado tiempo para

echar al agua la lancha y saltar en tierra... Estas imaginaciones atravesaban su cerebro con la velocidad del relámpago, mientras sus manos se desgarraban en los clavos de la puerta, en su rabia por descorrer el cerrojo, que estaba muy premioso.

—¡Ah!—exclamó con acento de decepción indefinible.

Y luego dió unos cuantos pasos hacia atrás, lentamente, aniquilada del todo, con la cabeza caída sobre el pecho.

Horrible el despertar de aquel hermoso sueño de un instante. El que llamaba era Fantec, su vecino... Gaud se sintió de nuevo violentamente sumergida en el negro abismo de antes, en el fondo de la misma espantosa desesperación.

El pobre Fantec se excusaba como podía de haberse atrevido a molestar a hora tan intempestiva; su mujer estaba peor, y para colmo de males, su niño se ahogaba ahora en la cuna, atacado de un violento mal de garganta. Por eso se veía en la necesidad de solicitar el auxilio de sus vecinas mientras él iba a Paimpol a buscar al médico.

¿Qué le importaba a ella semejante historia? La intensidad de su propio dolor la hacía insensible y dura hacia las penas de los demás. Desplomada sobre un banco, permanecía ante él con los ojos fijos, como una muerta, sin contestarle ni escucharle apenas. No le interesaban las cosas que aquel hombre le refería.

Fantec comprendió de pronto la situación; adi-

vinó por qué le habían abierto en seguida y con tal anhelo, y se sintió lleno de piedad por el mal que involuntariamente había causado. El pobre hombre balbuceaba:

—Es cierto, no he debido molestaros, señorita Gaud.

—¡A mí!—respondió Gaud vivamente—. ¿Y por qué no a mí, Fantec?

Aquella salida brusca era porque continuaba en su idea predominante de que no quería que los demás la tomasen por una mujer que había perdido toda esperanza. La compasión de los otros, agravando su horrendo presentimiento, la causaba un daño indecible.

Y luego, a su vez, ella se sentía invadida de piedad por el buen Fantec, que atravesaba un momento tan crítico, y se vistió para seguirle y cuidar de su mujer y de su hijo mientras él iba a buscar al médico.

Cuando volvió a su casa, cerca de las cinco de la mañana, el cansancio le procuró un momento de sueño reparador. Aquel minuto de alegría inmensa que había sentido al oír los pasos precipitados que se acercaban a su puerta había dejado en su cabeza una impresión tan fuerte que, a pesar del desengaño sufrido, era persistente; así fué que, a poco de quedarse dormida se despertó por una violenta sacudida moral, al recuerdo de alguna cosa muy grata... Algo había de nuevo concerniente a su esposo... En medio de la confusión de sus ideas, buscaba en el caos de su imaginación qué era

aquello cuya noción vaga la arrancaba al sueño... Pero no, no era lo que ella se había figurado: ¡era Fantec, que había venido a pedirle auxilio!

Y por segunda vez cayó en el fondo de aquel abismo negro, que la asustaba. No; en realidad, no había variación alguna en su larga agonía sin esperanza. Y, sin embargo, haberle sentido tan cerca en espíritu era como si algo emanado del ausente hubiese venido a flotar en torno de ella; era lo que en el país bretón se llama *el signo*. La pobre Gaud escuchaba todavía con más ahinco que antes los ruidos exteriores, presintiendo la llegada de alguien que iba a hablarle de él.

En efecto, cuando fué de día claro se presentó el padre de Juan. El anciano, quitándose su gorro y echando hacia atrás sus cabellos blancos, rizados como los de su hijo, tomó una silla y se sentó al lado de la cama de Margarita.

También él tenía el corazón angustiado, porque su hijo mayor era su preferido, la gloria de su existencia. Pero no desesperaba todavía, o al menos así lo aseguraba, y trató de tranquilizar a su nuera, alegando que los que habían llegado últimamente de Islandia hablaban todos de brumas densísimas, que muy bien podían ser causa del retardo de la *Leopoldina*. Además, creía firmemente en la posibilidad de una escala en las islas Feroë, que son unas islas lejanas, de donde las cartas tardan mucho tiempo en llegar; él mismo había tenido que hacer escala en ellas unos cuarenta años antes, y su difunta madre había hecho decir misas

por su alma, creyéndole perdido. ¡Cómo! ¡Temer por la *Leopoldina*, un barco tan bueno, tripulado por los mejores marinos de Pors-Even!...

La pobre abuela Moan andaba alrededor de los dos interlocutores meneando la cabeza; la aflicción en que veía a Gaud parecía haberle devuelto la fuerza física y la lucidez de las ideas, y ella sola atendía ahora a todos los quehaceres domésticos.

No; desde que el oficio de marinero le había arrebatado a su querido nieto Silvestre, la abuela Moan había dejado de creer en los marinos que vuelven a sus hogares tras de una larga ausencia. Ya no dirigía plegarias a la Virgen sino por miedo, poseída de una especie de resentimiento hacia la potencia misteriosa que no había preservado al ser querido.

Gaud escuchaba ávidamente las cosas consoladoras que le decía el señor Gaos, y sus ojos abatidos contemplaban con profunda ternura al buen anciano, en quien creía ver la imagen de su amado; sólo el verle allí a su lado parecía una protección contra la muerte, y se sentía más tranquila, más esperanzada. Sus lágrimas corrían silenciosas y dulces, y recitaba mentalmente sus más ardientes oraciones a la Virgen, Estrella del Mar.

Una escala en las islas Feroë, tal vez para reparar gruesas averías, no tenía, efectivamente, nada de imposible. Sin duda, todo no estaba perdido, puesto que el padre de Juan conservaba esperanzas. Margarita, más serena, volvió a recobrarlas por algunos días.

Era ya el pleno otoño, con sus lúgubres entradas de la noche, que desde bien temprano envolvía en la obscuridad la vieja cabaña y todo el país bretón.

Los días mismos no parecían ser más que crepúsculos; inmensas nubes que pasaban lentamente venían de pronto a ennegrecer la luz del mediodía. El viento bramaba incesantemente, fingiendo un ruido lejano de grandes órganos de iglesia que entonaban músicas desesperadas.

Margarita estaba espantosamente pálida y su talle iba encorvándose como si la vejez la hubiese ya tocado con sus alas sin plumas. Su único consuelo era andar con las ropas de Juan; plegar y desplegar, como una maniática, los pantalones y las chaquetas, sobre todo una camiseta de punto de lana que había guardado la forma de su cuerpo; cuando la ponía cuidadosamente sobre la mesa, la camiseta dibujaba por sí misma la musculatura del pecho y de los hombros de su dueño. Por último, Gaud concluyó por colocarla aparte en una tabla del armario, sin atreverse a tocarla más, por miedo de que perdiera aquel modelado para ella tan precioso.

La idea de aquellas islas lejanas donde la *Leopoldina* podía haber hecho escala forzosa se había arraigado fuertemente en su espíritu.

Todavía aguardaba.

.....

.....

XL

Juan no volvió jamás.

Una noche de agosto, allá abajo, *al largo* de la sombría Islandia, se habían celebrado sus bodas con el mar, en medio del ruido de los elementos desencadenados.

Sí, con el mar, que había sido como su nodriza; ella era la que le había mecido cuando niño; ella la que le había hecho adolescente fuerte y robusto. Y luego le había tomado para ella sola, enamorada de su virilidad de hombre. Un profundo misterio había rodeado aquellas bodas monstruosas. Hubo un baile de velas oscuras que danzaban sobre las crestas verdosas de las olas, ocultas por cortinas móviles y atormentadas, tendidas en el cielo como para esconder la fiesta a los ojos profanos, y la novia bramaba con su voz más potente, haciendo de espantable orquesta.

Juan se acordaba en el tremendo trance de Gaud, su esposa de carne, y se defendió en una lucha de gigante contra la horrible novia. Resistió hasta el momento en que, agotadas sus fuerzas, se abandonó abriendo los brazos para recibirla, con un gran grito profundo como el bramido de

un toro; llena ya la boca de agua y con el cuerpo rígido para siempre.

Y por extraña coincidencia, asistieron a sus bodas con el mar todos sus antiguos compañeros de la *María*, a quienes pocos años antes había convidado a ellas. Todos, excepto el pobre Silvestre, que dormía el sueño eterno en los jardines encantados, a la sombra de árboles vistosísimos, allá, muy lejos, al otro extremo de la tierra...

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

